

—Pus. . . bueno, que se lo guisen,
 Que ya es hora de la cena.
 —Rota.—Paz!—Ordinariona.
 —Rogona.—Gañcho.—Y etcétera,
 Porque sobran las palabras
 En donde hay manos tan diestras.
 Gritan las mujeres: "Guardas!"
 Los léperos gritan: "Déjenlas!"
 Los perros ladran, los chicos
 Arman furibunda gresca:
 Llega el guarda.—Señoritas,
 Vamos, la Chinche os espera. . .
 Y en tanto se hace reloj
 El galan, y va que vuela,
 Diciendo lleno de rabia,
 Pensando que ya lo pescan:
 "A mí el mar nunca me espanta
 "Por más revuelto que venga!"

ROMANCE

"Dende el fondo de esta cárcel,
 Que es el pozo del olvido,
 Te mando, dueño adorado,
 Este corazón marchito
 Que llora gotas de sangre
 De medio á medió partido.
 Y no me importa en prisiones
 Estar enterrado vivo,
 Ni que estas oscuras tapias
 Atajen á mis suspiros;
 Y no importa que amenacen
 A piés y manos los grillos,
 Ni estar á la espetativa
 Del camino del presirio:
 La cárcel no come gente
 Y para los hombres se hizo.
 Me importa, sí, no mirarte
 Y no verte al lado mio:
 Me siento como un infante
 Que va temblando de frio,

Pajarito vagamundo
 Que le tiraron el nido;
 Siento de ménos en mi alma
 Las caricias de mis hijos,
 Como que me faltan ramas,
 Como que estoy de vacío.
 Te miro á veces dormida
 Y al rededor los chiquitos,
 Ansina como cordera
 Con sus blancos corderillos;
 O te miro batallando
 Con tus graciosos cosijos,
 Cual gallina alharaquieta
 Cercada de sus pollitos.
 Y yo ¿creerás? como un loco
 Viéndolos jugar me rio,
 Y despues . . . lloran mis ojos
 De mirarme tan solito.
 A veces se me atimultan
 Mil pensamientos indinos,
 Como sierpes venenosas
 Que acabar quieren conmigo;
 Porque son piedras los hombres
 Y la mujer es de vidrio;
 Y los más sutiles polvos
 Convierten en turbio un rio . . .
 ¿Pero verdá que me quieres?
 ¿Verdá que soy tu negrito,
 Tu macetita de albácar,
 Tu zenzontle consentido?

¿No es verdá que me perdonas
 Mis furias de basilisco,
 Porque es más azul el cielo
 Cuando pasan los rugidos,
 Y naiden le pega al hombre
 Que confiando está dormido?
 ¿No es cierto que eres mi niña,
 Mi perla, mi flor de mirto,
 Mi incensio, mi jaranita,
 Mi luz de sol, mi tomillo? . . .
 Ni esto . . . me importa la cárcel
 Si me asiste tu cariño,
 La bendicion de mi madre
 Y la Virgen del Pueblito!
 Una cosa sí te encargo
 Por la sangre de mis hijos,
 Que al escribano no mires,
 Muncho ménos á ese bizco
 Con las mechas en la frente,
 Seco, lambrisco, canijo,
 Porque . . . yo solo me entiendo
 Y yo sé lo que te digo . . .
 Déjame correr mi suerte
 Sin munchos ruegos ni escritos,
 Que son munchos los gorriones
 Y mucho me importa el trigo.
 Yo sé bien que de soldado
 Me zampán en un descuido,
 Y sé bien que el que no *pita*
 Tiene su pleito perdido;

Pero es mejor que se aguante
 Sin velas el Santo Cristo;
 No lo protejan de guanta
 Y por burla los judíos.
 Pero todo eso es soflama,
 Todo eso es hablar dormido,
 Todo eso es perder el tiempo
 Borrando y poniendo en limpio;
 Lo que importa es que si sientes
 Del corazón los latidos,
 Oigas que dentro del pecho
 Te está hablando tu marido;
 Y no te doble la suerte,
 Que estoy juerte y sé el oficio.
 Cuida á mi señora madre,
 La probe llora por su hijo,
 Y estoy mirando sus canas
 En medio á sus nietecitos."

Esto dictaba en la cárcel
 A un escribano, Cirilo,
 Que por achaques de riña
 Está en la cárcel sumido;
 Y despues que le leyeron
 Letra á letra lo que dijo,
 Tomó la carta en sus manos,
 Quedó un rato pensativo,
 Y con gotas de su llanto
 A trechos borró lo escrito.

EL CALLEJON DEL MUERTO

(CUENTO)

I

Es una taza de China
 La casa de Pedro Hernandez,
 Carpintero de lo fino,
 A quien sobran los marchantes,
 En su trabajo y sus tratos
 Formal entre los formales.
 La escasez llega á sus puertas,
 Pero jamás entra el hambre.
 Doña Canuta, su esposa,
 Es hembra que satisface,
 Limpia como el agua clara,
 Más sacudida que el aire;
 Como querida, amorosa;
 Buena y tierna, como madre;
 En su casa una sonaja,
 Como una santa en las calles,
 Mucho seso, corta lengua,
 Y ni salientes ni entrantes